

la la Tore y su ayudante cayeron sobre la madera encendida, y
ellos todo el escombro.

Sus últimos gritos desesperados se percibieron perfectamente.
En vano los bomberos y rescatistas quisieron salvarlos.

El golpe les había hecho pedazos y el fuego consumía sus carne que
en obsequio de la muerte.

Hasta el astillero se llevó el cadáver del sacerdote que
apenas oír la explosión de la bomba.

La explosión de la bomba que causó la muerte de don
Toussaint, el coronel Toussaint.

La explosión de la bomba que causó la muerte de don
Toussaint.

El propietario se frotaba las manos con un sonrisa
de satisfacción.

CAPITULO SESTO.

SIGUE LA HISTORIA DE LOS LOBOS.

Los franceses declararon que el
coronel Toussaint era un mártir de la humanidad, que por salvar á sus
compañeros había sido presa de la muerte.

I.

La carretela que llevaba al guerrillero desapareció entre las últimas
luces de la ciudad.

Enrique y don Serafín se echaron á un lado del camino, dejando apostado
al desgracia lo Estanislao Luna, que temblaba como una vara verde.

—Querido, dijo don Serafín á su compañero, la hermana de Martínez es
una cosa confortable.

—¡Demonio! estoy asombrado de su hermosura.

—Yo no lo estoy menos.

—Tú no sabes una historia, querido.

—¡Eh! ¡se trata de una historia? pues cuéntamela, que ya se me hace
un siglo el tiempo que hace que estoy en espera de ese demonio de Pablo!

—Temo que le atrapen y por concomitancia inmediata á nosotros; en
cuanto á Luna, ya sabe lo que son latigazos intervencionistas.

—Diablo! pensar que nos pueden colgar de una almena como racimo de
uvas.

—Algun dia les cobraremos esta cuenta.

—Quién sabe!

—Soy capaz de pedir mi pasaporte y situarme en Francia.

—Vaya un mal gusto! y para qué quieres ir á esa guarida de nuestros
opresores?

—No pasearse en el bosque de Boulogne, ni en los boulevards, ni en los
Campos Elíseos, ni atraviesaré el Sena, ni....

—Hombre, basta de citas históricas!

—Elegiré un lugar mas hermoso para recrear mis odios contra estos
malditos, visitare tres veces al dia el cementerio del Padre Lachaise, ¡qué
hermoso será contemplar un campo lleno de muertos franceses! si, ni un
solo mexicano, ni uno solo, todos, toditos franceses, todos muñidores!

—Estás excéntrico como un inglés.

—Y mis lacayos serán franceses, mi cocinero frances, el carbonero frances,
todos se quitarán el sombrero delante de mí, y yo diré para mis adentros: "esta es mi intervención, yo os mando como á unos chinos."

La impotencia suele refugiarse en la locura.

—No está mal pensado; pero tenemos pendiente la historia.

—Ah! sí, ya me había olvidado.

—Estoy en ascuas.

—Pues señor, dijo Enrique, la hermana de Martínez es mi hermosa
desconocida, la muchacha de Cuernavaca.

—Qué desconocida? qué muchacha?

—La ¿quién es ella? La de mi duelo con laquel bárbaro austriaco á
quien dejé medio muerto ó muerto por entero.

—Hombre, te chanceas!

—Palabra de honor! pero no estaba tan linda como ahora ¡canario! si es
una muchacha que no hay por donde desecharla: ¡qué pie! si parece de
muñeca, ¡qué cintura! se le puede ceñir con una liga de media, ¡qué ojos!
si alumbran, y ¡qué dientes!... en cuanto á eso yo sufriría una mordida
aunque tuviese la ponzoña de una vibora.

—Pues te declaro que somos rivales; porque á mí me gusta mas que
Luz y que Clara, que Angela y que Beatriz.

—Hombre, basta de letanía!

—Confiesa que esa ensarta de muchachas es de lo mejor y mas esto-
macal.

—Entre paréntesis, Guadalupé debe tener un novio cuando menos.

—Me parece que hay *intrigulis* en el negocio, la escena de ayer
noche, esta especie de huida á Egipto, estos misterios, y sobre todo, el
arrojo de Martínez en penetrar á la capital, me parece que es algo mas
que un asunto de familia.

—Ay!

—Estás malo?

—No, es que envidio al feliz mortal que despertara el amor en ese corazón de ángel.

—La muchacha es muy hermosa.

—Le cobré cariño, es tan graciosa!

—Ante esa muger lo olvido todo, amigo mío, hasta este aire que se me cuela por las médulas.

—Sería bueno un lance para entrar en calor.

—No, estoy por el reposo, ya me causa escaramuzar dia y noche con esta gente.

—Pues tenemos para esta noche una reeeta que no es mala.

—No recuerdo, son cosas de mi infancia.

—Chico, Pablo Martínez ha prometido casarse á ese coronel que nos ha detenido en el camino.

—Ah! sí, á ese bruto que llamó muger á Guadalupe.

—Precisamente.

—Pues se va á armár una de los demonios en el convite de Baltasar, porque ese antropófago tiene mas camándulas que una beata y no se ha de dejar tan fácilmente.

—Es el de las confianzas de O'Horan, es su perró de presa que lo tiene suelto en este camino, que no ve la hora de perder de vista.

—Ese infame cuelga todos los días á algún desgraciado.

—Dígalo el boticario Muñoz y otra multitud que yacen en el Campo de los muertos.

—Este O'Horan debe muchas.

—Hay se le hará balance cuando menos lo piense.

Los dos amigos quedaron en silencio, entregados á esas sombrías cavilaciones á que se da el pensamiento cuando está influenciado por sucesos dolorosos.

Aquellos jóvenes estaban en aquellos momentos corriendo un riesgo inminente.

Si el coronel que guardaba el camino y lo recorría, daba con ellos, no tenían mas que disponerse para morir, y morir como bandidos, sin mas tela de juicio que una orden verbal dada á los soldados á la hora de la ejecución.

Esta orden consistía en una sola palabra: ¡fuego!

Al dia siguiente, un parte pomposo, una laudatoria en los periódicos, y ni quien volviese á hacer reminiscencia del acontecimiento.

La circular del 3 de Octubre estaba en toda su fuerza.

La ley *Huitzilopochtli*, le decían los chinacos, haciendo referencia al dios azteca, cuyos altares se regaban con sangre humana.

Ya hemos dicho que en la tertulia de la casa de O'Horan, reinaba la más cordial hilaridad.

Algunas familias hacían la reunión, y para pasar divertido el tiempo, se entretenían en juegos de prendas ó charadas.

La adulación mas ruin se le tributaba á aquel hombre, temiendo concitarse su odio, funesto por mil motivos.

O'Horan era un hombre alegre, reía continuamente aun en medio de sus arranques biliosos.

Ostentaba mucha energía y era un verdadero soldado, es decir, instrumento ciego de sus superiores.

Su imaginación era viva, había siempre un relámpago en sus ojos.

Su actitud era arrogante, no estaba quieto un solo momento, de todo se acordaba, los menores detalles de los negocios los conservaba en la memoria.

Su estatura era pequeña, su pecho abultado, sus espaldas anchas, y movía de continuo la cabeza.

La frente era despejada, su nariz regular, llevaba bigote y piocha, y su cutis tenía las señales indelebles de las viruelas.

O'Horan había tenido una vida borrascosa, el relato de sus aventuras era sumamente divertido.

O'Horan adquirió nombre bajo las banderas liberales, se perdonaron sus faltas, acaso sus crímenes; no obstante, las circunstancias de familia lo hicieron defecionar y encarrilarse en esa vía tenebrosa, que lo llevó al cadalso.

El corazón de O'Horan era un abismo.

Solo Dios se ha asomado á esa misteriosa profundidad.

—Aveja señora, dígo con sonrisa sorda mas despectivo al oír

Al oírlo la muchacha, su breve boqueo, sus risquitos no los perdióseos
—Estás bien? —No, es que cuidas de que te pierdaes? —No, es que
me dirán lo que se dice de ti? —La señora del 3 de Octubre es de las más
reservadas. —La muchacha es muy hermosa. —La muchacha es
muy dulce, quizás si tiene un regalo con su cariño, es tan graciosa.

Se había levantado una gran bulla en la sala, porque uno de los jóvenes había puesto una charada animada.

El juguete era ingenioso y de un gusto esquisito.

La palabra que se había de descifrar la podemos decir al oido á nuestros lectores: *Mercadante*.

El jóven figuró primero, valiéndose de las señoritas, un *mercado* de es-
clavos.

Las dos primeras sílabas de la palabra en cuestión, estaban espuestas con talento.

Después aparecieron dos individuos de la tertulia; el uno con el traje de Virgilio, y el otro con los arreos del Dante, formando ese cuadro famoso en que el poeta florentino y Virgilio están á la puerta del infierno, donde grabó el desgraciado amante de Beatriz aquellas misteriosas palabras: *Lasciate ogni speranza, o voi chi entrate*.

La segunda parte no podía ser mas ingeniosa.

Después el autor del juguete se puso al piano y tocó una pieza del in-
mortal *Mercadante*.

Un aplauso resonó en la sala al descifrarse la charada.

Todos los que no habían dado con el secreto, entraron en el número de los sentenciados, y se procedió á aplicarles por suerte la pena merecida.

O'Horan se hallaba en un grupo de amigos, cuando uno de los circun-
tes gritó con voz sonora: *Señor general, está usted sentenciado!*

Aquella voz resonó lugubriamente en el corazón de aquel hombre, que involuntariamente se estremeció.

Un silencio sombrío discursió en la reunión.

El mismo presentimiento se comunicó como por telegrafo á todos los circunstantes.

—Sentenciado! murmuró O'Horan, y su frente se oscureció.

Después de un momento sus ojos tornaron á brillar alumbrados por la luz siniestra de una idea fatal.

—Vuelvo, señores, dijo con sonrisa afable; nada mas despacho un ofi-
cio, y estoy á las órdenes de ustedes.

Esta orden consistía en una sola palabra: *¡Fuego!*

—De mi general O'Horan, respondió el guerrillero dirigiéndose al soldado. —Yo no dudaré por poco me atrapen, en cumplir mis órdenes. —Dijo ese pomposo que la guerra es la guerra de los soldados. —El verá que el general O'Horan es el que más se acuerda de su deber, con tantos años de servicio. —El comandante francés que se acuerda de su deber, es el que más tiempo dura en su cargo. —Entró en su gabinete, tomó un papel, y sin vacilar, escribió:

“Señor jefe del punto de San Antonio:

El guerrillero Pablo Martinez, pasará de regreso en una carretela; le he permitido el paso á esa ciudad, para aprehenderlo. Detengalo usted, y consignelo á la corte marcial francesa.”

Un correo salió á escape á entregar al comandante el oficio de la pre-
fectura de Tlalpan.

—Mi vida lantes que todo, dijo O'Horan; estoy rodeado de acechanzas; yo romperé con mi espada estos hilos; caeré en la tumba después que ha-
yan entrado en ella todos mis enemigos.

Pablo Martinez sería el único capaz de atentar contra mi vida.... le
acortaremos el paso.

En aquellos momentos resonó un aplauso en la sala.

A O'Horan le pareció el aplauso con que el infierno respondía á sus
voz de muerte y exterminio.

En el puente de Churubusco se destacó el infotrado coronel senten-
ciado por el guerrillero.

—Alt! —Dijo el coronel sentenciado con una voz temblorosa.

—Domingo Martinez, recibe los deseos de su general. —Tú eres el mejor; pero vos sois un mentiroso.

El guerrillero se entró en la carretela, y con la violencia de los cabal-
los, atravesó la ciudad para tomar la garita de San Antonio.

Al llegar á la calzada que media entre la plazuela de San Lucas y la
casa que sirve de puerta en la ciudad, hizo que el cochero entrase en el
carruaje y él tomó las riendas de los caballos.

El centinela dió el alto.

—Malo, dijo Martinez, me lo había figurado, veamos como se sale de este negocio.

La carretela se detuvo.

El comandante francés que recibía en esos momentos el oficio de O'Ho-
ran, se dirigió á Pablo Martinez.

—¿De quién es este carruaje?

—De mi general O'Horan, respondió el guerrillero quitándose el sombrero.

—Baje ese hombre que va dentro de la carretela.

El verdadero criado de O'Horan salió de la carretela sin temor alguno.

El comandante lo vió de *calzonera* con botonadura de plata, sombrero galoneado y *jorongo*, y se fijó en que aquel traje era de los guerrilleros.

—Toma, dijo á Pablo Martinez, lleva esta cubierta al general, y dile que sus órdenes están cumplidas.

Martinez recibió el pliego, y azotando despiadadamente á los animales, salió á todo correr de la ciudad.

El comandante remitió al cochero, á la cárcel llamada la *Martinica*, sin permitirle hablar una palabra, y con una custodia, que alarmó á aquel desdichado que comenzaba á comprender algo de lo que pasaba.

—Es un pájaro de cuenta, dijo el comandante á su segundo, ésta presa me va á traer la cruz de Guadalupe & la de la Legion de Honor.

—De quién se trata? preguntó el subordinado.

—Del temible guerrillero Pablo Martinez, lo más temido en que el poeta dorentino y Virgilio están á paro.

—Del temible guerrillero Pablo Martinez, lo más temido en que el poeta dorentino y Virgilio están á paro.

—A O'Horan se le oíeron las campanas de la iglesia de San Agustín.

La segunda parte no podía ser otra cosa que la de la Legión de Honor.

VII.

Después el autor del juguete se puso al piano y tocó una pieza del inmortal *Mercadante*.

El carroje caminaba con una celeridad increíble.

—Demonio! decía Martinez rechinando los dientes, me pusiste una trampa endemoniada; pero dos lobos no se muerden. Tú me las pagarás todas juntas: lo que es ese maldito coronel esta noche se *atiranta*; me lo *ceno*, como tres y dos son cinco. Ya tengo un plan que ni mi general Zaragoza.

—Al llegar á la ciudad de Mérida, se me ocurrió que el general de la Legión de Honor debía ser el que llevase la carretela.

VIII.

Enrique y don Serafín salieron al encuentro del carroje; les pareció

increíble volver á ver á Martinez.

—Muchachos, buenas noches!

—Demonio! se ha librado V. en una tabla.

—De diablo es este contratiempo.

—Si, en la del pescante; por poco me atrapan; ah! canallas... no importa, yo no abandono la idea de matar á ese infiernal coronel.

—Ya he jurado cenármelo, y me lo *ceno*. Se ha llevado á tantos por delante!

Contradecir á Martinez, era encapricharle hasta la desesperación; así es que los dos jóvenes permanecieron en silencio.

—Estanislao! gritó Martinez.

—Presente!

—Toma las riendas, y cuando salga ese infiernal sayón, le dirás que eres el cochero de O'Horan. Cuando esté en esa conversación, nosotros salimos y arde Troya.

Luna tomó las riendas, y todos echaron á andar tras el carroje, con los mosqueteros amartillados.

—Tú no te acuerdes de Martínez, que es el peor enemigo de México.

—Tú no te acuerdes de Martínez, que es el peor enemigo de México.

—Tú no te acuerdes de Martínez, que es el peor enemigo de México.

—Tú no te acuerdes de Martínez, que es el peor enemigo de México.

La noche seguía densamente oscura; no se veían ni las manos.

En el puente de Churubusco se destacó el infortunado coronel sentenciado por el guerrillero.

—Alto!

—Tomaron al desgraciado coronel, y casi en paso lo internaron.

El carroje se detuvo.

—Dónde están los señores que llevaste á México?

—Señor, allá se quedaron, ya de vacío la carretela.

Pablo Martinez escuchaba con atención.

—Demonio! dijo el coronel, se me ocurre ir á dar parte al general de un proyecto; llévame, porque ir á caballo es atroz con esta noche de perros.

Y subió á la carretela.

—Caiste en el garlito, papamoscas, se dijo para si el guerrillero; á medida legua del puente, te cuelgo mas alto que la lámpara de Catedral.

El ruido del coche no dejaba percibir al coronel los pasos de los ginete que lo seguían muy de cerca.

Pablo Martinez estaba excitado, calenturiento, revolvía de un lado á otro de la carretela espiando á su presa y aguardando el momento de caer sobre ella y hacerla pedazos.

Llamaba á su cerebro las sombras de tantos inocentes asesinados cobardemente por aquella fiera. Recordaba las ejecuciones del monte de Ajusco, de la Ladrillera y San Mateo, pensaba en los infelices que estaban en la corte marcial, para ser fusilados irremisiblemente, y entonces oprimia con mas fuerza la cintura de su mosquete.

El coronel era ya una alma de la otra vida.

que sus órdenes están cumplidas.

Martinez recibió el pliego, y cuando despachadamente lo abrió, se dirigió al coronel:

El comandante de Tlalpam que recibió la orden de aprehender á Martinez y fusilarlo en el acto, tenía un miedo espantoso al guerrillero, porque estaba seguro que al ponerse frente á Martinez, lo despabilaría de un pistoletazo.

Llamó á su segundo, y sin decirle de quien se trataba, por no infundirle el mismo pánico, le dijo:

Un individuo muy conocido, ha de venir en la carretela del general que ya no debe tardar. Sin decirle una sola palabra, ni hacer caso de lo que él alegue, lo saca usted del carroaje y lo fusila en el acto.

El carroaje caminaba con una celeridad increíble.

X.

Demonio! decía Martinez rechinando los dientes, me pone en una trampa endemoniada; pero dos lobos no se pierden.

El segundo era uno de esos hombres que por estar bien con sus jefes, no se detienen ante nada, y salvan su responsabilidad con decir: "Yo soy mandado."

Apostóse en el camino con seis hombres de su escolta, y esperó la llegada de la carretela, que no se hizo esperar mucho tiempo.

Alto! gritó el oficial.

Martinez esperó el resultado de aquella nueva situación.

Tengo orden, dijo el oficial, de aprehender á usted y llevármelo como amigo.

Soy el coronel...

Es la orden.

Pero usted no me conoce?

Precisamente por eso me han encomendado el negocio.

—No comprendo de qué se trata.

—Menos lo entenderá cuando sepa que lo voy á fusilar inmediatamente.

El coronel, como todo hombre feroz y sanguinario, sintió un miedo horrible; sus rodillas flaquearon y cayó desplomado en el suelo.

Martinez rechinó los dientes de placer.

D. Serafin y Enrique se quedaron petrificados.

—Por Dios! exclamó lleno de terror el sentenciado, permitame usted hablarle al general; yo soy el mas fiel servidor del imperio, me habrán calamitado mis enemigos, yo siempre he sido reactionario de corazon.

Toma tu monarquía, dijo Martinez mocho de todos los diablos!

—S. M. me ha condecorado con la cruz de la Orden de Guadalupe; á usted le consta como he estirpado á los demagogos; no hace una semana que he fusilado seis, yo creo que estos méritos no pueden olvidarse.

Echa pruebas, demonio! murmuraba Pablo Martinez.

—Todo eso estará muy bueno, pero yo soy mandado, y tengo que cumplir; conque, haga su acto de contrición que lo voy á fusilar.

La orden no habla de sacramentos; vamos, y pronto, que mi responsabilidad se compromete.

El coronel seguía protestando vivamente, como que la existencia le iba nada menos.

—Tráiganlo, dijo el oficial.

Los soldados tomaron al desgraciado coronel, y casi en peso lo internaron en el Pedregal, que comienza á orillas de la ciudad de Tlalpam.

Pocos momentos despues se oyeron dos descargas casi simultáneas.

El coronel había dejado de existir.

La justicia divina alcanzaba al malvado cuando menos lo creia.

Es que Dios hace sentir el peso de su omnipotencia, cuando el hombre se halla entregado al torrente impetuoso de sus estravios.

El guerrillero no volvió á hablar una palabra.

Siguió por el Pedregal con sus compañeros, atravesando las orillas del pueblo de San Angel, para hacer rumbo á Toluca y seguir camino de Michoacan.

Serafin dijo á su amigo Enrique:

—Ese hombre era un platillo de la muerte.

Enrique respondió por lo bajo á su compañero, refiriéndose á O'Horan y á Pablo Martinez:

—Qué cierto es aquello de: dos lobos no se muerden.

